

EL SURCO

Autor: ALBERTO GERCHUNOFF

e poi da questo in quello, e di sé tutti,

quali che sieno, informa: ed igualmente

agli animali fa da noi tragitto,

che a noi dagli animali, ed ognor vive?

(Ovidio ? Le trasformazioni, Libro XV).

Cuando murió Ardelli —Humberto Ardelli, escribano— el perro de Ardelli no hizo ninguna de esas cosas que los canes ejemplares de las historias suelen hacer en semejantes casos. Ni se echó a los pies del lecho mortuario de su difunto amo, impidiendo que alguien se acercara al muerto; ni aulló lúgubrementemente cuando sacaron el féretro; ni se escapó para morir fielmente custodiando el sueño postrero del pobre Ardelli en la bóveda de la Chacharita, que la previsión del escribano le hiciera adquirir algunos años antes. El perro vagó durante todo aquel día, entre perplejo y malhumorado, por la casa, invadida de numerosas personas desconocidas; halló tiempo de comer algo que le diera el mucamo, compadecido y hambriento, a quien sorprendió tragando apuradamente alguna cosa en la cocina; y, por fin, se durmió en el cuarto de baño. Aquella conducta no dejó de escandalizar a algunos amigos de Ardelli que en la enumeración póstuma de las virtudes del difunto incluyeron preferentemente su gran afecto por aquel perro que ahora se conducía de tan reprochable manera.

Como Ardelli era un solterón sin herederos directos, el perro pasó a poder de un su pariente, propietario de una estanzuela en Saladillo, a quien se le ocurriera que le podría ser útil en el campo. Lo mandó por el primer tren.

Aunque el perro de Ardelli no podía confesar genealogía muy clara, era un animal robusto y ele-gante que respondía al nombre un poco novelesco de Fox. Hasta que aquel suceso cambiara tan bruscamente la orientación de su vida, viviera en compañía de Ardelli como un pequeño burgués sin mayo-res inquietudes ni ambiciones. Perro urbano por excelencia, tenía formado del mundo un concepto perfectamente municipal. Consideraba la existencia de los perros y de los hombres definitivamente regulada por voluntades misteriosas, pero infalibles. La observación asidua de los fenómenos de la vida, había eliminado de sus pensamientos la posibilidad de lo imprevisto. Para el perro de Ardelli, la presencia continua del agente de facción en la esquina; la puntual regularidad en las entradas y salidas de su amo; el trozo de carne que el mozo de la carnicería traía diariamente con exactitud cronométrica para su pitanza

